



## Algunos textos del Magisterio sobre la Inculturación

“La Iglesia, desde sus orígenes hasta nuestros días, ha conseguido siempre la prudentísima norma que, al abrazar los pueblos el Evangelio, no se destruya ni extinga nada de lo bueno, honesto, hermoso que, según su propia índole y genio, cada uno de ellos posee. Pues cuando la Iglesia llama a los pueblos a una condición humana más elevada y a una vida más culta, bajo los auspicios de la religión cristiana, no sigue el ejemplo de los que sin norma ni método cortan la selva frondosa, abaten y destruyen, sino más bien imita a los que injertan en los árboles silvestres la buena rama, a fin de que algún día broten en ellos frutos más dulces y exquisitos” (Carta Encíclica *Evangelii praecones*, n. 58)

“Lo que importa es evangelizar -no de manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital en profundidad y hasta sus mismas raíces- la cultura y las culturas del hombre en sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et spes* (cf. n. 53), tomando en cuenta siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios. El evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el Reino que anuncia el evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del Reino no puede menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas...” (Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 20)

“Es mediante la inculturación como se camina hacia la reconstitución plena de la alianza con la Sabiduría de Dios que es Cristo mismo. La Iglesia entera quedará enriquecida también por aquellas culturas que, aun privadas de tecnología, abundan en sabiduría humana y están vivificadas por profundos valores morales” (Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*, n. 10)

“La cultura no es solamente sujeto de redención y de elevación, sino que puede tener también un papel de mediación y de colaboración. En efecto, Dios, revelándose al Pueblo elegido, se sirvió de una cultura particular; lo mismo hizo Jesucristo, el Hijo de Dios: su encarnación humana fue también encarnación cultural...” (Discurso de Juan Pablo II en la Universidad de Coimbra, Portugal [15-IV-1982] n. 3)

“Hay por consiguiente, una tarea compleja pero esencial: ayudar a los cristianos a discernir en los rasgos de su cultura lo que pueda contribuir a la justa expresión del mensaje evangélico y a la edificación del Reino de Dios y a denunciar lo que le es contrario. Y, de este modo, el anuncio del Evangelio a los contemporáneos que no se adhieren a él, tendrá más posibilidades de llevarse a cabo en un diálogo auténtico... La Iglesia respeta a todas las culturas y no impone a ninguna su fe en Jesucristo, pero invita a todas las personas de buena voluntad a promover una verdadera civilización del amor fundada en los valores evangélicos de la fraternidad, de la justicia y de la dignidad para todos”. (Discurso de Juan Pablo II al Pontificio Consejo de la Cultura, 15 de enero de 1985, n. 3)

“La inculturación no es una simple adaptación exterior: ella significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas humanas...” (Sínodo de Obispos, Asamblea Extraordinaria de 1985)

“Los principios que regulan sobre todo esta inculturación cristiana son los siguientes cuatro: 1) cristológico: el misterio de la Encarnación del Verbo; 2) litúrgico: el diálogo del hombre con Dios que se manifiesta en modo comunitario con símbolos y signos específicos; 3) antropológico: el reconocimiento, la eventual purificación y elevación de los valores de una particular condición del pueblo; 4) socio-político: la atención a las diversas culturas”. (*Instrumentum Laboris* para el Sínodo de los Obispos de 1987)

“De la misma manera que la cultura necesita una visión integral y superior del ser humano, la fe necesita hacerse cultura, necesita inculturarse. Una fe que no se hace cultura es una fe que no ha sido plenamente recibida, no enteramente pensada, no fielmente vivida” (Juan Pablo II en el Encuentro con los hombres de la

cultura y empresarios, Lima, Perú [15-V-1988], nn. 5 y 6)

“Inculturar el Evangelio, no es reconducirlo a lo efímero y reducirlo a lo superficial agitado por la cambiante actualidad. Por el contrario, con una audacia totalmente espiritual, insertar la fuerza del fermento evangélico y su novedad más joven que toda modernidad, en el corazón mismo de las sacudidas de nuestro tiempo, en gestación de nuevos modos de pensar, de actuar y de vivir...” (Juan Pablo II en su Discurso al Pontificio Consejo de la Cultura [13-I-1989], n. 6)

“Es, pues, un proceso profundo y global que abarca tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia. Pero es también un proceso difícil, porque no debe comprometer en ningún modo las características y la integridad de la fe cristiana...” (Encíclica *Redemptoris missio*, n. 52)

“Todo proceso de inculturación auténtica de la fe es un acto de "tradición", que debe hallar su inspiración y sus normas en la única Tradición. Supone una profundización teológica y antropológica del mensaje de la Redención y, a la vez, el testimonio vivo e irremplazable de las comunidades cristianas, felices de poder compartir su amor ferviente de Cristo.” (Juan Pablo II en su Discurso al Pontificio Consejo de la Cultura [10-I-1992], n. 5)

“La inculturación; ésta, ante las culturas más dispares y a veces contrapuestas, presentes en las distintas partes del mundo, quiere ser una obediencia al mandato de Cristo de predicar el Evangelio a todas las gentes hasta los últimos confines de la tierra. Esta obediencia no significa sincretismo, ni simple adaptación del anuncio evangélico, sino que el Evangelio penetra vitalmente en las culturas, se encarna en ellas, superando sus elementos culturales incompatibles con la fe y con la vida cristiana y elevando sus valores al misterio de la salvación que proviene de Cristo (cfr. RM 67)” (Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, n. 55)

“En el proceso de la inculturación, se pasa de lo implícito vivido a lo explícito conocido... Esta lenta maduración requiere de mucha paciencia y sabiduría, una gran apertura de corazón, un sentido ya advertido por la Tradición y una gran audacia apostólica, siguiendo el ejemplo de los Apóstoles, de los Padres y de los Doctores de la Iglesia” (Juan Pablo II en su Discurso al Consejo Pontificio de la Cultura [18-III-1994], n. 3)

“La misión de la Iglesia de anunciar la palabra de Dios "a todas las gentes" (Mt 28, 19) exige por su misma naturaleza un esfuerzo continuo de traducción de dicha palabra, para hacerla accesible a todos sus destinatarios, de modo que, acogida en el pensamiento y en la vida, pueda transformarse en levadura de todas las culturas, creando praxis, costumbres e instituciones inspiradas por la fe cristiana... Toda cultura que se abre a Cristo no puede menos de establecer un vínculo permanente con la historia concreta de la Encarnación, con la palabra bíblica que nos la revela, con la tradición eclesial que nos la transmite y con los signos sacramentales en los que sigue actuando” (Actualización del Directorio general de Catequesis [21-IX-1994], nn. 3 y 4)

“La inculturación comprende una doble dimensión: por una parte, una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y, por otra, «la radicación del cristianismo en las diversas culturas humanas... La inculturación tiene también profundos vínculos con el misterio de Pentecostés; gracias a la efusión y acción del Espíritu, que unifica dones y talentos, todos los pueblos de la tierra, al entrar en la Iglesia, viven un nuevo Pentecostés, profesan en su propia lengua la única fe en Jesucristo y proclaman las maravillas que el Señor ha realizado en ellos...” (Exhortación Apostólica *Ecclesia in Africa*, nn. 59 y 61)

“... Para una auténtica inculturación es necesaria una actitud parecida a la del Señor, cuando se encarnó y vino con amor y humildad entre nosotros. En este sentido la vida consagrada prepara a las personas para hacer frente a la compleja y ardua tarea de la inculturación, porque las habitúa al desprendimiento de las cosas, incluidos muchos aspectos de la propia cultura...” (Exhortación apostólica *Vita consecrata*, n. 79)

“En el proceso de encuentro con las diversas culturas del mundo, la Iglesia no sólo transmite sus verdades y valores, renovando las culturas desde dentro, sino que también saca de ellas los elementos positivos ya presentes... La prueba de que ha habido una verdadera inculturación es cuando los creyentes se comprometen más en la fe cristiana porque la perciben más claramente con los ojos de su propia cultura...” (Exhortación Apostólica *Ecclesia in Asia*, nn. 21-22)

“Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos. Sin embargo, esto debe hacerse respetando debidamente el camino siempre distinto de cada persona y atendiendo a las diversas culturas en las que ha de llegar el mensaje cristiano, de tal manera que no se nieguen los valores peculiares de cada pueblo, sino que sean purificados y llevados a su plenitud...” (Carta Apostólica *Novo Millennio Inneunte*, n. 40)

“El proceso de inculturación es la manera gradual, mediante la cual, el Evangelio es encarnado en las distintas culturas... La Escritura nos muestra la historia de Dios que actúa en su pueblo; sobre todo, nos narra la historia de Jesucristo, mediante el cual Dios mismo entró en el mundo y en sus múltiples culturas. En todo lo que dice y hace, pero especialmente en su Muerte y Resurrección, Jesús reveló el amor divino por la humanidad. Desde la profundidad de la historia humana, la vida de Jesús habla no sólo a las personas de su tiempo y de su cultura, sino también a todos aquellos de toda época y cultura...” (Exhortación Apostólica *Ecclesia in Oceania*, n. 16)

“Con este fin, es importante recordar los tres criterios para discernir si nuestros intentos por inculturar el Evangelio tienen bases sólidas o no. El primero es la universalidad del espíritu humano, cuyas necesidades básicas no son diferentes ni siquiera en culturas completamente diversas. Por tanto, ninguna cultura puede ser considerada absoluta hasta el punto de negar que el espíritu humano, en el nivel más profundo, es el mismo en todo tiempo, lugar y cultura. El segundo criterio es que, al comprometerse con nuevas culturas, la Iglesia no puede abandonar la valiosa herencia que proviene de su compromiso inicial con la cultura grecolatina, porque eso significaría ir en contra del designio providencial de Dios, que conduce a su Iglesia por los caminos del tiempo y de la historia... El tercer criterio es que una cultura no debe encerrarse en su propia diversidad, no debe refugiarse en el aislamiento, oponiéndose a otras culturas y tradiciones...” (Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de Las Antillas en visita ad limina, 7 de abril del 2002, n. 3)

“El fundamento teológico de la inculturación es la convicción de fe, que la Palabra de Dios trasciende las culturas en las cuales se expresa, y tiene la capacidad de propagarse en otras culturas, de modo que pueda llegar a todas las personas humanas en el contexto cultural donde viven...” (Pontificia Comisión Bíblica, La interpretación de la Biblia en la Iglesia, Città del Vaticano 1993, n. 4)

“La inculturación es genuina si se guía por estos dos principios: se basa en la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura y avanza de acuerdo con la Tradición de la Iglesia y las directivas del Magisterio, y no contradice la unidad deseada por el Señor”. (Guía para los catequistas [3-XII-1993], n. 12)

“Por una parte, la penetración del Evangelio en un determinado medio sociocultural «fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y los propios valores de cada pueblo..., los consolida, los perfecciona y los restaura en Cristo. Por otra, la Iglesia asimila estos valores, en cuanto son compatibles con el Evangelio, para profundizar mejor el mensaje de Cristo y expresarlo más perfectamente en la celebración litúrgica y en la vida de la multiforme comunidad de fieles...” (Instrucción *Varietates Legitimae*, sobre la liturgia romana y la inculturación, n. 4).

“En este trabajo de inculturación, sin embargo, las comunidades cristianas deberán hacer un discernimiento: se trata de asumir, por una parte, aquellas riquezas culturales que sean compatibles con la fe; pero se trata también, por otra parte, de ayudar a «sanar» y «transformar» aquellos criterios, líneas de pensamiento o estilos de vida que estén en contraste con el Reino de Dios. Este discernimiento se rige por dos principios básicos: la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal”. (Directorio general para la Catequesis [25-VIII-1997], n. 109)

“Por medio de la inculturación la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad; transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro... Necesaria y esencial, la inculturación, alejada igualmente del arqueologismo y del mimetismo intramundano, está llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas” (Para una Pastoral de la Cultura [23-V-1999], n. 5)

“En el campo de la vida,... la inculturación no es solamente tomar en cuenta tradiciones culturales, es también una acción al servicio de todo el hombre y de todos los hombres; penetra y transforma todas las relaciones; estando atenta a los valores del pasado, mira también al futuro. En el campo del lenguaje (entendido aquí en el sentido antropológico y cultural), la inculturación consiste, en primer lugar, en el acto de

apropiación del contenido de la fe en las palabras y las categorías de pensamiento, los símbolos y los ritos de una cultura dada...” (Documento Temas Selectos de Eclesiología, 1984, n. 3)

“El proceso de inculturación puede definirse como el esfuerzo de la Iglesia por hacer penetrar el mensaje de Cristo en un determinado medio socio-cultural, llamándolo a crecer según todos sus valores propios, en cuanto son conciliables con el evangelio. El término inculturación incluye la idea de crecimiento, de enriquecimiento mutuo de las personas y de los grupos, del hecho del encuentro del Evangelio con un medio social...” (Documento La Fe y la Inculturación, 1987, n. 11)

“No obstante, la Palabra de Dios -para usar una significativa imagen paulina- no está encadenada (2 Tm 2, 9) a una cultura; es más, aspira a atravesar las fronteras y, precisamente el Apóstol fue un artífice excepcional de inculturación del mensaje bíblico dentro de nuevas coordenadas culturales...” (Sínodo de Obispos, Asamblea ordinaria, [24-X-2008], n. 15)

“Es necesario inculturar el Evangelio a la luz de los tres grandes misterios de la salvación: la Navidad, que muestra el camino de la Encarnación y mueve al evangelizador a compartir su vida con el evangelizado; la Pascua, que conduce a través del sufrimiento a la purificación de los pecados, para que sean redimidos; y Pentecostés, que por la fuerza del Espíritu posibilita a todos entender en su propia lengua las maravillas de Dios. La inculturación del Evangelio es un proceso que supone reconocimiento de los valores evangélicos que se han mantenido más o menos puros en la actual cultura; y el reconocimiento de nuevos valores que coinciden con el mensaje de Cristo...” (Puebla, III Conferencia, del 28-I al 13-II-1979)